



Juako Escaso

La VOZ  
de su  
Cuerpo.

## I.

Ella duerme todavía.  
Permanezco inmóvil entre el calor  
de su piel bajo las mantas.

El silencio se quiebra tan solo  
por el regalo de luz que trae  
el olor de la leña y el tomillo.

Su mano despierta mi pecho  
y asoma a su sonrisa la certeza  
de sabernos aquí,  
al comienzo de todo.

Nos miramos largo rato  
sin hablarnos, y así hasta que  
el temblor de su pupila borra  
el negro rastro de los días.

Por fin, revela un gesto.  
Dichoso, me entrego a la voluntad  
de sus manos, contagiado,  
hecho presa  
de su brutal carnalidad.

## II.

Ella está junto a la valla.

La mañana verdea la sierra  
con mansa calidez; sólo en las cumbres  
persiste la blanca y perezosa bruma.

El jardín cubierto de hojas  
delata mis pasos.

Ella acoge mi abrazo sin volverse  
y hundo la cara entre su pelo frío,  
suave como el silencio de la tierra.

Poco a poco se dibujan en el valle  
los contornos y ella aprieta  
mis manos en las suyas.

La luz sobre los campos  
abre una flor sin memoria.

Cuando el viento arremolina las hojas  
ella se estremece.

Entramos.

### III.

El viento respira en las copas,  
suavemente se afana en desvestir  
un resto de verano.

La cal reluce en la fachada  
y difumina el contorno de la casa.

Nos recostamos al sol,  
le robamos un beso.

La mañana es festejo  
de canto y color, la luz abre  
su mano caliente de seda  
sobre el rostro  
y nos cierra los ojos  
mientras al fondo el arroyo  
mece su rumor de cristales.

Ella se remanga la camisa  
bajo los pechos, desnuda su vientre  
de arena: sobre él  
un océano columpia su marea.

La busco, la recorro apenas  
con el roce de los dedos.  
Y es ese mínimo gesto el que  
irremediablemente aviva  
el incendio de mis manos.

#### IV.

Sentados en el jardín ella busca  
un final para este verso,  
juguetea con el pájaro de la palabra.

Mira dentro de mis ojos y trata  
de robarme: su mirada es un duende  
escondido entre la jara.

Ya tumbados, volvemos a hablar  
de los poemas. Yo le digo:  
escribir ya no es un suicidio.  
Ella responde: escribir es cazar ranas  
en el fondo del estanque.

Reímos.  
La risa se va tiñendo de hierba  
y nos crece en la piel  
una enredadera sin prisa.

Sobre los tejados que aún humean  
el sol se derrama  
en pequeños racimos,  
y en el cielo desnudo  
azulea el halcón de su mirada.

## V.

La noche saca sus dientes.  
La luna es colmillo de marfil  
sobre los campos,  
sobre el pinar, sobre el río  
y todo lo que el sueño  
amansa en su silencio.

Camino de su mano.  
Las calles se llenan de lobos  
y canciones,  
cualquier rincón es refugio  
para el saqueo  
de sus pétalos de carne.

Burlamos la luz de la ventana,  
nos hacemos viento  
y secreto  
y mordisco.

En la oscuridad del callejón  
se detiene la orquesta  
de los grillos, y su risa le pide  
a la noche una estrella.